LOS ESTRENOS EN PARIS
Clatigny, drama en cinco actos y en verso de Catulle Mendès

Gran noche la de hoy para la crítica y para los amantes de la dramática francesa.

Por el capricho de un amigo de la juventud, Albert Clatigny, el romántico poeta y eterno bohemio, va a ser más célebre treinta años después de muerto que durante su accidentada e incierta existencia. El que tanto amó el teatro se estremecerá hoy de gozo en su tumba ante la idea de sobrevivir en la escena convertido en héroe de un drama. Y si a Catulle Mendès debiera la gloria de ser aplaudido, como todos lo esperan, será en justa y póstuma compensación a su memoria de poeta poco conocido y de oscuro cómico errante…

«¡El Destino quiero que yo sea silbado siempre!...», exclamó Clatigny cuando en un duelo con Albert Wolff una bala pasó rozándole la cabeza. Quién sabe si Catulle Mendès, recordando ese lamento del alma romántica del inolvidable amigo, ha querido desmentir al Destino.

Sobre el drama que Catulle Mendes presentará a la crítica esta noche en el Odeón, el cronista de *La Liberté*, Leo Marchey, nos anticipa estos ligeros detalles:

«En el primer acto, el eminente autor de *Clatigny* nos presenta a su héroe simbólicamente y sin seguirle en las sinuosidades de su vida accidentada. Lo da a conocer en su ciudad natal y en los momentos que la abandona para conquistar París y su gloria.»

« En el acto segundo aparece siendo ya secretario de Giraldín, y aquí empiezan a resaltar las desilusiones sucesivas del autor de *Vignes Folles* y de *Flèches d'o*r; desilusiones literarias en el acto tercero, que se desarrolla en la *Brasserie des Martyrs*; desilusiones amorosas en el cuarto acto, en que Clatigny, llamado a recitar sus poemas en un salón mundano, acompañado de algunos comediantes y comediantas, entre las que se encuentra su querida, oye desde la escena los juramentos de amor que ésta hace en la habitación inmediata a uno de sus camaradas. Por último, en el quinto acto aparece desengañado de la vida; herida el alma y enfermo el cuerpo, se decide a regresara su país natal para morir en él olvidando y olvidado.»

Tal es la obra, a grandes rasgos relatada, en la que Catulle Mendès pinta al romántico poeta, y el medio en que vivía aquella bohemia literaria y artística de los últimos años del segundo Imperio, y que recuerda a Bauville, Baudelaire, Maugard, Olivier, Maistre y tantos otros; de aquella bohemia acerba, orgullosa, vengativa, que nada tuvo de semejanza con la bohemia de Murger.

El acto tercero de la *Brasserie* parece ser el más bello de toda la obra. Y en esa *Brasserie*, que ocupa una página célebre en la historia de la Literatura del siglo XIX, ha puesto el Odeón todo su empeño para presentarla con la mayor fidelidad psible.

Aquella célebre *Brasserie*, pintada ya por el mismo Catulle Mendès en su *novela La Prémiere Maitresse*, «tan temible y tan temida, tan querida y tan odiada, la que estaba por encima de todas las glorias y de todos los éxitos literarios, de la cólera de los vencidos y de las risas de los envidiosos. Los que llegaban a conquistar la fortuna del triunfo desaparecían; los que se quedaban hubieran mirado mal a sus antiguos compañeros de galeras. Todas las víctimas de la pereza o de la mala suerte, todos los impotentes o todos los fuertes reducidos a la impotencia que se agrupaban allí. La *Brasserie* tomaba contra los insultantes triunfos de los otros toda la revancha que puede dar la denigración y la parodia. ¡Y lo más espantoso era que muchas veces tenía razón esa envidiosa *Brasserie*!... La mayoría de las reputaciones eran realmente ilegítimas.

¿Pero quién sabía, quién podía decir si aquellos pintores sin taller, aquellos periodistas sin periódicos, aquellos poetas sin editores, aquellos dramaturgos sin teatros, todos aquellos descamisados que la miseria o la mala suerte mantenía en la imposibilidad de producir, no valían tanto como los bienaventurados del éxito y de la reputación…? Muchos evadidos de la *Brasserie* son hoy ilustres; tal ven entre los que se quedaron hubiera muchos que merecieran también esa evasión gloriosa. El sarcasmo de la *Brasserie* tenía tal vez por excusa la injusticia de la suerte. Pero excusable o no, su sarcasmo era terrible… La *Brasserie* no aprobaba nada, no admiraba nada o inventaba glorias que quedaban ignoradas para disminuir las glorias reconocidas. Exaltaba para humillar y afirmaba para negar; tenía el odio tenaz y la denigración feroz. Mordía con el tesón del perro que roe un hueso, y estando abajo hablaba alto. Una crítica salida de la *Brasserie* subía, se extendía y podía llegar a la opinión pública; una injuria babeada entre dos bocks de cerveza podía ir a caer en plena frente de la más alta gloria… Y los mas admirados, siempre atentos a esa especie de *basse sainteveuve* de la literatura, tenían un miedo terrorífico a la *Brasserie* ».

Tal es el medio que Catulle Mendès ha escogido para presentarlo en escena; ese rincón histórico de la Literatura del siglo XIX, en el que se ha inspirado parar el drama, del que los que lo conocen hacen grandes elogios y de que la crítica nos dará cuenta mañana.

F. MORA

Publicado en el ABC del martes, 20 de marzo de 1906.
Fuente y propiedad de: Hemeroteca del ABC. *http://hemeroteca.abc.es/*

Digitalizado en el presente formato
por J.M. Ramos para http://www.iesxunqueira1.com/mendes